

ALBUM DE SEÑORITAS



CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUGER.

JUDITH.

Las circunstancias no hacen los génius, pero les dan á conocer. Sucesos hay en la vida que desarrollan nuestras facultades de una manera extraordinaria, y que revelan todo lo de que nuestra alma es capaz. Resortes hay á los que el corazon humano no puede resistir, y que imprimiendo al de la muger un entusiasmo belicoso, la desnaturaliza sublimemente dotándola de las calidades mas opuestas á la debilidad de su sexo. La voz de la religion y de la pátria amenazadas, hacen prodigios de su esquisita sensibilidad. Judith es un bello ejemplo que nos dá de ésta verdad la Historia Sagrada. Sin otro auxilio que su valor, puso en fuga un ejército, y salvó á sus conciudadanos de las calamidades de un sitio, y de los horrores de un saqueo. Preparada con el ayuno y la oracion, y confiando

firmemente en Dios, atrevióse á una empresa temeraria. Tan resuelta como prudente, ni flaqueó su corazon en el momento del peligro, ni ajó su virtud. Por esto su nombre, honrado por la religion, pasa al través de todas las edades, ornado con una aureola de gloria y de grandeza envidiables.

Los monarcas asyrios son citados en la Escritura por su orgullo. Uno de ellos, Saosduschyn, que reinaba en Babilonia poco tiempo despues de la gran cautividad de los judios, quiso someter á todos los pueblos del Asia, y proclamarse su Dios, destruyendo sus altares y sus templos. Holofernes, gefe de sus tropas, fué encargado de la ejecucion de sus desig-nios. Partió á la cabeza de un ejército formidable, precedido del terror. En vano era recibido con afectadas demostraciones de afecto; el pillage y el incendio no distinguian entre la sumision y la resistencia. Asoladas veinte provincias, intentaron los israelitas defenderse. Dueños de las alturas que dominaban los desfiladeros que conducian á Jerusalem, invocaron la proteccion del cielo. Asom-

brado y furioso Holofernes con una resistencia que no esperaba, hizo marchar su vanguardia á Bethulia, donde se habian hecho fuertes los israelitas.

Dispersados en una salida los asyrios, consternáronse los vencedores al presentarse al dia siguiente Holofernes cubriendo por todas partes la tierra sus numerosas legiones. En vez de reducirles por la fuerza, quiso se rindiesen á la sed, cortando para ello el acueducto. En tan crítico trance suplicaron los habitantes á Ozias, autor de la resistencia, negociase la rendicion. Conmovo con los ruegos y el llanto de la multitud, Ozias les dijo: «Animo, hermanos; aguardémos cinco dias la misericordia del Señor. Si pasan sin su auxilio, nos rendiremos.»

Antes de referir lo que Judith hizo al saber esta resolucion, será bien reseñar sus cualidades. Hija de Merari, de la tribu de Simeon, era viuda de Manasés hacia tres años y medio. Su belleza escedia á su opulencia, y su virtud no conocia otros goces que los de la religion. Retirada del trato de las gentes, ayunaba casi siempre, y su áspero silicio era señal del dolor inconsolable que la causára la pérdida de su marido. De todos estimada por sus buenas obras, jamás la maledicencia manchó su reputacion, bello y frágil adorno de las viudas jóvenes. Tal era Judith de Bethulia.

No llevando á bien la especie de acuerdo, ya mencionado, buscó á los ancianos del pueblo, y les dijo: «¿Qué quiere decir esa resolucion de entregarse á los asyrios sino nos es propicia la fortuna en cinco dias? ¿Quiénes somos para provocar al Señor? No es ese el medio

»de atraer su bondad, lo es sí de concitar su cólera. Habeis prescrito un término á la piedad de Dios, y le habeis fijado un dia á vuestro grado. Pero Dios es bueno, arrepintámonos de esta falta, é imploremos su perdon derramando abundantes lágrimas. Tengamos fé en que los males que nos envía no son para perdernos, sino para corregirnos.»

Ozias y los ancianos respondieron: «Justo es cuanto habeis dicho, y no tienen réplica vuestras palabras. Orad, pues, por nosotros, vos que sois una muger santa y temerosa de Dios.» Entonces Judith replicó: «Reconociendo que lo que os acabo de decir me lo ha inspirado Dios, juzgareis por vosotros mismos si lo que he resuelto hacer viene tambien de él, y le rogareis me dé fuerzas para ejecutar mi proyecto. Esta noche saldré de la ciudad con mi esclava. No me pidais esplicaciones, yo os las daré á mi regreso.»

Posternada ante Dios en su retiro, Señor, esclama, que habeis fortalecido á mi abuelo Simeon para castigar á los extrangeros profanadores de la pureza Divina; que habeis entregado sus mugeres por botin, cautivas sus hijas, y repartidos sus bienes entre vuestros fieles servidores; asistid, os lo ruego, á una viuda desolada. Obra vuestra son todas las maravillas; nada es sin vuestra voluntad. Tended la vista al campo asyrio, que persigue á vuestros creyentes como en otro tiempo les persiguió el de los Egipcios, orgullosos con su número y esplendor. Abismad á estos como abismásteis á aquellos, no menos fiados en sus aprestos, y espe-

»rimenten vuestra cólera los que se pro-
 »ponen violar vuestros templos y profa-
 »nar vuestros altares. Permitid que la
 »cabeza del soberbio Holofernes caiga al
 »filo de su propia espada. Permitid que
 »al verme no sospeche mi intento; que le
 »seduzcan mis palabras; que muera á
 »manos de una muger para gloria vues-
 »tra. Dios de los cielos y de la tierra, Cria-
 »dor del Universo, escuchad á esta débil
 »criatura confiada en vuestra misericor-
 »dia; prestadla valor, y á sus palabras
 »conviccion, á fin de que conserve vues-
 »tra casa su no ajada Santidad, y que
 »reconozcan todos los pueblos que sois el
 »Dios único verdadero.»

El designio de Judith era inspirar á Holofernes pasion hácia ella, y aprovecharla en bien de Bethulia. El patriotismo y la religion la inspiraban: la tierra gemia bajo el peso de un mónstruo.

Preparada así su alma, atavió su cuerpo como en los días de su feliz consorcio. Seductora con sus joyas y adornos, y radiante de belleza y magestad, salió de Bethulia por la noche, asombrando á los suyos por el realce de estas cualidades. Orando de continuo, y seguida de su esclava, llegó al amanecer á las avanzadas, que la preguntaron: «De dónde vienes, y á dónde vés?—«Soy una hija de los hebréos, les responde; huyo de su compañía previendo serán vuestra presa por haberos despreciado, y no haberse querido entregar, reusando vuestra generosidad. Por esto me he dicho á mi misma: Me presentaré á Holofernes para descubrirle importantes secretos, y darle un medio de tomar á Bethulia sin perder un solo hombre.» Fascinados los centinelas con la gracia y

las maneras de la encantadora transfuga, la condujeron á Holofernes. Prosternósele en señal de respeto, y alzada, de su orden, Holofernes, deslumbrado, la dirigió por su turbacion algunas palabras cariñosas, preguntándola la causa de su fuga.

«Vuestra sabiduría, dijole Judith con artificio, es célebre en todas partes; todo el mundo publica que sois el hombre mejor y mas grande. Tiemblan ante vos los hijos de Israel, por que han ofendido á Dios. Dízmales el hambre, y la sed les ahoga, á pesar de que se sirven de la sangre de los animales, del vino y del aceite consagrados al culto. Esto solo bastaría para su perdicion. En tal creencia, ha huído de ellos esta vuestra sierva, dándome Dios firmeza suficiente para ello, y enviándome á revelaros estos secretos. El Señor me dirá la hora de su venganza; yo os la anunciaré, y os pondré en Jerusalem. Todo el pueblo de Israel se os presentará como un rebaño sin pastor; ni una voz se os alzaré en contra. Dios me lo ha inspirado.»

El designio y las palabras de Judith son sin duda reprochables, á los ojos de la moral austera. Márcanse á veces las mejores obras con el sello de la imperfeccion humana.

Prendóse Holofernes en extremo del discurso de Judith, manifestando su debilidad en el agrado con que recibió sus elogios, y replicóla: «Dios nos favorece enviándoos. Si vuestra promesa de buen agüero, se cumple, vuestro Dios será mi Dios, y vos sereis grande entre los de Nabuco-donosor, y llenará vuestro nombre toda la tierra.»

Conducida á la cámara de los Tesoros con la mayor distincion, y obtenido permiso de salir de noche á hacer oracion fuera del campamento, purificóse las tres inmediatas en el valle de Bethulia con abluciones religiosas, y al cuarto fué invitada por Holofernes á un festin. Adornóse cuanto pudo, y consiguió embriagarle. Vino la noche, y se retiraron los demás convidados, muy predispuestos al sueño, sin abandonar á Judith su fiel esclava. Rindióse al vino Holofernes, y recostado en su lecho de púrpura, «Dadme fuerzas, Dios de Israel, dijo llo-»rosa, para libertar vuestra querida Je-»rusalem, para llevar á cabo mi propó-»sito.» Desenvaina el sable de Holofernes, y asiéndole por los cabellos «sostenedme, Dios mio, en este momento. dijo, y al segundo golpe separa de su tronco la cabeza. Entrégasela á su esclava para que la oculte, y atravesando el campamento, como las noches anteriores, llegan á las puertas de Bethulia.

«Abridlas, grita Judith, que nos prote-»ge Dios.» Rodéanla los guardias, los ancianos y la multitud que ansiosa la esperaba, y elevándose sobre una altura, les dice, alumbrada tan imponente escena con mil luminarias: «Alabad al Señor, que no ha abandonado á los que »esperábamos en él. El ha hecho por »medio de su sierva la misericordia que »prometió á la casa de Israel, y esta noche ha dado muerte por mi mano al »enemigo de su pueblo. Hé aquí la cabeza de Holofernes. Ningun pecado me »ha costado, Dios lo sabe, que constantemente me ha protegido.»

Después de dar un rato de expansion á la alegría y entusiasmo general, Ju-

dith, prosiguiendo su mision libertadora, dijo al pueblo. «Escuchadme, hermanos. »Clavad esa cabeza en la muralla, y al »salir el sol, acometed todos al enemigo. Los oficiales vigilantes irán á des-»pertar á Holofernes, y al hallarle sin »vida, se apoderará de ellos el espanto; »Huirán; perseguidles con empeno; Dios »os ayudará en su destruccion.» Asi fué todo. El botin del ejército sitiador pasó á los sitiados, y ante la audacia de una muger detúvose tan espantosa inundacion.

Objeto de adoracion universal, Judith, después de componer un himno sagrado á la victoria, y de ofrecer al Señor los tesoros de la tienda de Holofernes que la fueron regalados, volvió á su luto y á sus hábitos de retiro y piedad, libertando á la esclava generosa que la siguió al campo de los asyrios. Estimada y venerada de sus conciudadanos, su presencia era siempre celebrada con el mas fervido y respetuoso entusiasmo. Murió anciana, y fué venerada de todos. En honra de su patriotismo, fundóse una fiesta, que se celebró largo tiempo en toda la Judea. Los Santos Padres han alabado su virtud, su vida retirada y pura, su piedad, su cariño y la memoria de su marido, y su amor á sus conciudadanos, por quienes tanto se espuso. De ilustre cuna, rica, jóven, y hermosa, despreció las riquezas, desdeñó los placeres, se hizo superior á los instintivos del placer, para llegar á la virtud.

Tanto ha inspirado las artes cristianas el nombre de Judith, que sería interminable reseñar las obras principales que han reproducido las principales escenas reseñadas. Un manuscrito del Va-

ficano, del siglo IX, contiene su historia en miniatura, y las vidrieras de la Santa Capilla de Paris. Miguel Angel, Rafael, el Dominicano, el Guido, Rubens, Horacio Vernet, y otros, han perpetuado en el lienzo el rasgo sublime de patriotismo que ha descrito nuestra pluma.

A. Pirala.

LITERATURA.

LA TEMPESTAD.

SONETO.

¿Qué legion infernal los aires hiende
Lanzando por do quier hondo gemido?
Porqué al rayo de un sol descolorido
Maléfico vapor al mar descende?
La atrevida gaviota el vuelo tiende,
Tiembla el globo en sus ejes conmovido,
De las hinchadas olas al bramido
Súbita catarata se desprende.

Brilla en el éter misteriosa lumbre,
Estalla el huracan, retumba el trueno
Sobre los pliegues de aquilon sañudo....
Póstrase ante el altar la muchedumbre
De angustioso pavor el pecho lleno....
¡Mágica tempestad! ¡yo te saludo!

Robustiana Armiño de Cuesta.

UNA PERLA Y UNA LAGRIMA.

LEYENDA TRADICIONAL ARAGONESA.

(Continuacion.)

Transcurrieron ocho ó diez años, y la pobre muger continuaba llorando como el primer día, la pérdida de aquella niña de la que nada volvió á saber. De cuando en

cuando, recibia cantidades no pequeñas de dinero, pero sin conocer de positivo qué persona se las remitía. Estrella, cariñosa y buena, como siempre, se esforzaba en disipar con sus cuidados la profunda melancolía de su madre.

Vino por fin un tiempo en que cesaron completamente los beneficios que, hasta entonces, las habian prodigado de una manera tan misteriosa.

Querrás saber Cristina, cual fué durante aquellos años la suerte de Sol y voy á decirtelo. Su bienhechora, la llevó consigo, y la trató como habia prometido, del mismo modo que si fuera su hija. Sol que de niña, impulsada por el orgullo, abandonó á su madre, lejos de corregirse de este vicio que tan odiosas nos hace á los ojos de Dios y de los hombres, se dejó enteramente dominar por él. Olvidándose de la condicion en que habia nacido, trataba á sus inferiores con dureza y altanería, y se mostraba ingrata á los beneficios é insensible á las reconvencciones. De un caracter semejante nada bueno se podia esperar, pero Sol era tan hermosa que se vió rodeada de cien adoradores, que se disputaban sus miradas y sus sonrisas, y la aclamaban por reina de la belleza. Verdad es que ninguno de ellos se atrevió á pedir su mano. Sol habia nacido en una clase humilde y aquellos nobles caballeros se hubieran creído deshonrados elevándola hasta si. Por su parte, la jóven tambien hubiera rechazado el amor de un hombre, que no perteneciese á la clase en que la habian colocado. Uno de los mayores desaciertos que puede cometer una muger es el de quererse elevar á una condicion superior á la suya; con esto no consigue mas que crearse mil necesidades que no la es dado satisfacer; verse siempre tratada con desdén por las personas con quienes quiere unirse y con desprecio é indiferencia, por las que son sus iguales. No tardó en conocerlo asi la

noble protectora de Sol, y casi se arrepiñó, de no haberla dado una educación mas conforme con su nacimiento. Siendo jóven, viuda y muy rica, despreció los partidos mas brillantes, por dejar á su muerte cuantiosos bienes á su protegida. Una repentina enfermedad que la privó del uso de sus facultades, la arrebató en la flor de su vida, sin que pudiera realizar ninguno de sus proyectos en favor de Sol. Sus bienes fueron repartidos entre sus parientes, y la jóven despedida por ellos de aquella casa donde habia pasado dias tan felices.

Sol se vió pues, en el mundo, abandonada, sola y sin tener á nadie que se compadeciese de su desgracia. Su precaria situación la era insoportable, y como para salir de ella no sabia recurrir al trabajo, se entregó al vicio y se dejó arrastrar por su corriente. Pronto adquirió su nombre, pronunciado continuamente por los jóvenes mas disolutos de la córte, una triste y vergonzosa celebridad.....

Pasado algun tiempo, un jóven conde, aragonés, la propuso llevarla con él á Zaragoza. Sol recordaba muy vagamente su permanencia en aquella ciudad, y despues de algunas discusiones, aceptó la oferta.

No ignoraba la orgullosa jóven, que su madre y su hermana vivian allí, acaso sumidas en la indigencia, pero ni trató de indagar su paradero, ni dió paso ninguno por verlas. Sin duda, mas de una vez, llegó á resonar en su alma la pavorosa voz de su conciencia, y por no escucharla, se entregaba desenfrenadamente á los placeres del mundo.

Fuese casualidad ó disposición de la providencia, ello es, que un dia su madre la vió en una carroza magnífica, y en el instante la reconoció. Sin pararse á reflexionar el peligro á que se esponia, se avanzó á la portezuela, llamando, trémula de placer, á su hija. Es imposible que Sol no reconociese aquella amorosa voz, que tantas veces

la habia acallado de niña, porque la voz de una madre no puede olvidarse jamás, pero sin atenderla, y avergonzándose de que la viesen hablar con una muger tan pobremente vestida, dió imperiosamente la órden de que lanzaran los caballos á escape. La madre de Sol, vencida por la violencia del coche y aun mas por su dolor, cayó desplomada sobre las piedras, en tanto que su hija continuaba tranquila y risueña su camino. Al llegar á su casa, dió órden de que no recibiesen á ninguna persona que se presentara mal vestida, con la pretension de verla, añadiendo que el que es pobre lo es por que quiere y que á ella la causaban repugnancia.

Llegó la noche, era justamente la noche de Navidad. El conde habia prometido á Sol ir á cenar con ella, acompañado de otros amigos. La jóven se puso sus mas hermosos vestidos, colocó sobre sus negros cabellos rizados, una preciosa diadema de brillantes, adornó con brazaletes de un inmenso valor, sus brazos desnudos, y rodeó á su cuello erguido y torneado, un collar que hubiera envidiado una reina. Concluido su tocador, esperó impaciente, pero en vano. Las personas que aguardaba no venian. Contaba las horas, se paseaba por la habitación, hacia mil preguntas inútiles á sus criados, abria los balcones para mirar á la calle, como si atormentada por una idea importuna, procurase rechazarla á toda costa. Creyó por fin reconocer en la calle los pasos de una persona conocida y corrió al balcon. La noche estaba lluviosa y fria. Entre el áspero ruido del viento creyó oir unos débiles gemidos. Se inclinó apoyándose en la barandilla y vió, debajo de su balcon á una pobre muger que con un niño en brazos, imploraba la caridad de los transeuntes. Aquel grupo la recordó vivamente la escena de por la mañana, y la noche en que, abandonando á su madre, siguió á su protectora alhagada por sus ofrecimientos y

brillantes promesas. Al oír el ruido que hacían para abrir el balcón y viendo la luz que saliendo de la habitación iluminaba repentinamente la calle, levantó su cabeza la indigente y presentando á Sol un niño, que ni fuerzas tenía ya para llorar, la pidió una limosna por amor de Dios. Conmovida la jóven, por la primera vez de su vida, y dejándose llevar de un movimiento espontáneo, arrancó violentamente una gruesa perla que pendía de su collar, y la arrojó á la calle, en el espacio donde se proyectaba la luz, llamando al mismo tiempo á la muger para que la recogiese.—*Dolores Cabrera y Heredia.*

(Se continuará.)

TRATADO DEL ARTE DE BORDAR.

DEL BORDADO AL PASADO.

(Continuacion)

III.

Las hojas de una flor ó de un ramo deben hacerse siempre partidas, á no ser muy pequeñas: esta division figura siempre las membranas de la hoja.

Para hacer una de las hojas de la derecha, en la *figura 2*, se rellenará primero el lado que está mas distante, no olvidando que el relleno no debe llegar hasta la punta: cuando son cortas las hojas, se hace un solo punto, de la base á la punta; pero siendo largas, como las de este ramo, se hacen dos ó tres. Concluido el relleno se procederá á hacer lo que dijimos para la hoja de la *figura 4*: en llegando á la division del centro, se sacará la aguja sobre la línea que la representa, es decir, por el medio de la hoja. Terminado este primer lado, se rellena el otro, haciendo subir un poco el relleno, debajo de los puntos de la extremidad de la hoja, y se ejecutará metiendo la aguja contra la línea de division, pero con el cuidado de que no quede ningún claro entre los puntos ya hechos, y los que se van á hacer.

Para que la línea que representa la membrana de la hoja, esté bien ejecutada, ha de figurar un surco, perfectamente unido, en el cual no se vea ningún hilo, ni agujero, por pequeño que sea. Para conseguir esto, hay que meter la aguja pegando con los puntos del primer lado, pero sin morderlos. Teóricamente no es posible dar mayores esplicaciones, pero haciendo con cuidado una de estas hojas, se vendrá en conocimiento del modo con que se ha de dirigir la aguja para sacarlas con perfeccion.

La hoja doblada de la misma figura se hace como las anteriores, con muy corta diferencia. Debe principiarse por la parte doblada, y despues hacer lo demás. A lo que hay que atender principalmente es á reunir los puntos de la parte que representa lo inferior de la hoja, á los de la que figura lo superior de ella, en el sitio señalado con una *c*, de manera que la línea que forma el borde no se interrumpa. Sin este cuidado no se conseguirá representar bien una hoja doblada.

T. P.

(Se continuará.)

TEATROS.

El Real ha puesto en escena la *Saffo*, de Paccini, que no se habia oido mucho hacia. Su ejecucion ha sido escelente. La Novello ha estado en esta ópera bastante animada, y la D^a Augri ha descollado sobre todos. Su fuego, su pasion, su energia en los andantes, entusiasmaba al mas tibio, y su esquisita correccion, su bravura, su seguridad y decision en los alegros, y la dulzura de su voz la coloca entre las primeras cantatrices del mundo filarmónico. Colletti y Roppa son llamados tambien al final del segundo acto, y aplaudido el señor Romero por su egecucion del clarinete. Los coros y la orquesta bien.

El del Circo ha comenzado á esplotar un riquísimo tesoro en la *Zarzuela El Dominó azul*, del señor Camprodon, puesta en música por el autor de *Idegouda*, y la *Conquista de Granada*. Esta ópera, seria una injusticia

llamarla zarzuela, ha hecho dar un paso de gigante á la ópera-cómica española.

La fábula sencilla y verosímil, está bien desenvuelta y mantiene el interés del espectador. Su verificación correcta y fácil, prepara bien las situaciones musicales.

La música es inspirada, nueva, y original.

La ejecución fué perfecta y esmerada en el conjunto, distinguiéndose Salas y González. Los coros y la orquesta bien; y nada dejan que desear los trages, decoraciones y servicio escénico. La suerte protege visiblemente á este teatro.

En Variedades se ha dado un dráma nuevo, heroico de D. Juan Federico Muntadas. Puesto en escena con la mayor propiedad, su acertada ejecución es una nueva prueba de la hábil dirección del Sr. Arjona, y un triunfo mas para la Teodora.

MODAS.

El santo tiempo de cuaresma, en que nos hallamos, requiere un tono mas grave y severo en nuestras revistas de modas; esta consideracion, y la de ser escasos los detalles que en novedades de este género podríamos dár á nuestras lectoras, nos han animado á trasladar á nuestras columnas el siguiente artículo con que encabeza su último número un periódico de Paris. Creémos que nuestras suscriptoras lo verán con gusto, encontrando en él, al par que una muestra del homenaje y respeto que tributan en su nueva patria á nuestra condesa de Teba, algunos apuntes curiosos de los principales establecimientos de Paris, para artículos de Señoras. Dice así:

Habia una vez (y no es cuento) una linda jóven, rubia como una espiga dorada y blanca, como una gota de leche. Llamábase *Eugenia*; este nombre significa *nobleza*. Una hada habia tocado con su varita mágica su cuna de encage, cuando era niña, y la habia predicho que seria *emperatriz*. Esta predicción podria haberla hecho orgullosa y vana, pero por el contrario no hizo sino aumentar las buenas cualidades de su corazón y su talento. Comprendió que para llegar á ser emperatriz, necesitaba ser com-

pleta. Ella, que llevaba ya en su persona la belleza, la distincion, la gracia y la elegancia, se hizo además tan caritativa y tan buena que la hada, queriendo dar á los desgraciados y desvalidos un ángel de la guarda en la tierra, la hizo subir á un hermoso trono, cubierto de terciopelo color de púrpura, bordado de abejas de oro.

En seguida la encantadora convidó para tomar parte en la formación del *trousseau* de la emperatriz á todas sus hermanas, las hadas de la industria y de la moda.

Mad. *Hipólita* que hacia los corsés de la linda jóven, desde que tenia doce años, se encargó de hacer el de muaré para la ceremonia nupcial, y para prueba de que estaba hecho por la mano de una hada, y destinado á la *Rosa de España*, bastará decir que este corsé tendria á lo mas 47 centímetros de cintura.

Lemonnier y *Fossin* fueron llamados para las joyas: Mad. *Odde*, para los sombreros y adornos de cabeza, y Mad.^{lle} *Palmira* y Mad. *Vignon* para los vestidos.

Quando el *trousseau* estuvo completo, la hada adornó é iluminó, como por encantamiento, la iglesia metropolitana de Paris, y la emperatriz Eugenia apareció, radiante, á la concurrencia entusiasmada. Sus hermosos cabellos rubios habian sido dispuestos por *Felix* en dobles baudós; sobre el segundo, un poco levantado, se ostentaba una diadema de záfiro. La corona imperial, de diamantes y záfiro estaba colocada un poco mas atrás; de su centro pendia un belete de punto de Inglaterra, y mezcladas, con estos adornos, flores de azahar.

Al contemplarla, sentada al lado del emperador, en la magnífica carroza tirada por ocho caballos, con penachos blancos, la multitud exclamaba: ¡Qué hermosa és!

Y los pobres que veian ya vueltos hácia ellos sus hermosos ojos azules decian en alta voz: ¡Cuán buena és!

¿Qué os parece, amables lectoras de este cuento?

Para concluir, os diremos que los talles cortos han vuelto otra vez á la nada, gracias al buen gusto de la emperatriz Eugenia. Para calle se llevarán los vestidos con aldetas desmesuradamente largas, y para baile, los cuerpos de draperia, y la falda con un poco de cola. Tanto mejor. No hay cosa que dé mas dignidad al traje de una muger.